

## **SEGUNDO DOMINGO, AÑO A: Isaías 49:5-6, 1 Cor. 1:1-3, Juan 1:29-34**

El profeta Isaías habla de toda la nación de Israel como la luz de las naciones. Pablo recuerda tácitamente a los corintios que fueron llamados a ser santos, describiendo así su papel como luz en el mundo, mientras que el Evangelio presenta a Juan el Bautista como un ejemplo práctico de lo que significa ser luz. Por su estilo de vida, Juan el Bautista atrajo a miles a arrepentirse de sus pecados.

La primera lectura nos dice que la misión que Dios nos encomendó nos fue dada desde el seno materno. El siervo de Dios es llamado desde el seno materno a ser luz de las naciones para que el propósito salvífico de Dios se haga realidad hasta los confines de la tierra.

Tras la desestimación del caso contra Pablo, los miembros de la sinagoga trataron sin piedad a Sóstenes, por lo que se puso del lado de Cristo y se convirtió en ayudante de Pablo. Deberíamos tener una visión clara del hecho de que hay una razón por la que vivimos y lo que somos ahora puede no ser el destino de nuestro viaje de vida. Debemos aprender a adaptarnos cuando vienen los cambios. Pablo dirige su carta de él a los “llamados a ser santos junto con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo...”. Caemos en este grupo. Nuestro llamado es a ser santos y constantemente invocamos el nombre del Señor Jesús, para nunca perder el enfoque en nuestro destino.

La lectura del Evangelio nos dice que Juan Bautista señaló a Jesús a sus discípulos y a los presentes como el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Juan cumplió fielmente la misión que Dios le encomendó de preparar al pueblo para la venida del Mesías. John era un hombre de verdad y nunca tuvo miedo de decirlo tal como es y en el apogeo de su popularidad. Juan desvió toda la atención a Jesús, señaló a Jesús como la luz del mundo y el Cordero de Dios. Jesús es el Cordero Pascual de la Pascua cristiana, que con su muerte libró al mundo del pecado, como la sangre original del cordero pascual libró a los israelitas del ángel destructor. Jesús es el Siervo de Dios descrito en Isaías como llevado sin quejarse como un cordero delante de los trasquiladores, un varón de dolores que llevó los pecados de muchos e intercedió por las transgresiones, Isaías 53. Jesús es el sacramento de la reconciliación, el único esperanza para la humanidad. El sacramento de la reconciliación es un lugar donde podemos experimentar el amor de Jesús por nosotros en nuestros pecados. Jesús ciertamente quita

nuestros pecados en el sentido de que a través de él tenemos el perdón de nuestros pecados. Cuando somos perdonados, se nos quita una carga muy real, una gran carga, y podemos seguir adelante con libertad y gozo. Se nos da un nuevo comienzo. Sin embargo, debemos aceptar la responsabilidad por nuestros pecados. Cuando somos perdonados, debemos esperar que todo salga mágicamente bien para nosotros. Nuestras viejas debilidades, hábitos y compulsiones aún pueden estar con nosotros, debemos tener un cambio de corazón, la implicación es que aún debemos luchar.

John Rose contó esta historia sobre un hermoso encuentro del arzobispo Fulton J. Sheen con Agatha para ilustrar a Jesús como el Cordero de Dios. Cuando Fulton Sheen era un joven sacerdote, fue nombrado párroco en una pequeña parroquia. Una tarde de verano, estaba sentado en el confesionario. Una mujer se acercó y se arrodilló y dijo: "¡Oiga, sacerdote! Relájese. No vine a hacer una confesión. Vine aquí por esa anciana, mi madre, que insistió en que me confesara. Me arrodillaré aquí para cinco minutos y luego me voy". "¿Cómo te llamas?", preguntó el sacerdote. "Agatha", respondió ella. "Ese es un hermoso nombre, continuó el sacerdote Agatha, significa bueno o amable". La señora se rió y dijo: "Soy una chica mala, la peor de esta ciudad. Acabo de salir de la prisión y estoy en el negocio de la carne. Cuando estaba en la prisión, me enamoré de tus cosas sagradas. Yo Recé a tu Dios para que me liberara, pero no me respondió. Estaba demasiado ocupado para nosotros, supongo. ¿Quieres saber más, preguntó la señora? "Sí, adelante", respondió el sacerdote. "Entonces le recé al diablo", continuó la señora, "le prometí al diablo que tomaría nueve comuniones sacrílegas y que me liberaría. Tomé la comunión y maldije a Dios. ¿Crees que me liberé al octavo día? ¿Qué dices a eso, sacerdote? El diablo hizo un buen trato", dijo el sacerdote, "te dio la libertad y luego, a cambio, obtuvo tu alma inmortal. ¡Pero Ágata! Créeme, no estás completamente perdido. Todavía tienes amor en tu corazón. Estás aquí por tu madre. Eso significa que todavía amas a tu madre. Cualquiera que tenga un poco de amor en el corazón no está perdido. Quédate conmigo aquí y todo esto puede borrarse como un mal sueño". Un débil gemido salió de ella. Empezó a respirar con dificultad. "Es suficiente. Estoy saliendo. No puede hacer nada al respecto", dijo. Se levantó y comenzó a caminar. "Quédese aquí y ore por favor", suplicó el sacerdote. Pero ella salió. Mientras salía, el sacerdote gritó y dijo, "Te voy a esperar aquí, y estoy seguro de que volverás".

**El sacerdote continuó en el confesionario. Pidió a todos los que venían a la Iglesia que oraran por una intención especial. Después de todas las confesiones, el sacerdote se arrodilló y comenzó a orar. Pasaron muchas horas. Uno tras otro, todos se fueron de la iglesia. El sacristán apagó las luces y quiso cerrar la Iglesia. El sacerdote seguía rezando. Tomó la llave del sacristán diciendo que cerraría la iglesia. Pasaron las horas; era casi medianoche. Luego oyó el mismo trote de las sandalias. La alegría llenó su corazón. Agatha se acercó y se arrodilló junto a él. Ella comenzó a llorar. Ella derramó sus pecados sobre él. Ella se limpió. Ella era una persona nueva otra vez. Felicitaciones a ese sacerdote. Él perdonó y reclamó a esa dama en el nombre de Jesús. Jesús, el Cordero, lava nuestros pecados con su sangre si se lo permitimos. Estás escuchando o leyendo esta reflexión, y abrumado, Jesús está diciendo ahora, “ven a mí y te haré descansar.**